



LUIS DÍEZ DEL CORRAL, *El rapto de Europa*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2018, 414 pp. ISBN 978-84-9055-904-8.

El ensayo es un género híbrido, por más que a muchos autores les desagrada usar esa metáfora para caracterizarlo. Por un lado consiste en la plasmación de reflexiones que se quieren dotadas de cierto grado de rigor (y que pueden tener ambición filosófica, histórica, sociológica, política, científica... e incluso moverse en los intersticios entre dos o más de estos campos). Por el otro, es un género literario —o un subgénero, al decir de algunos puntillosos tratadistas— y, como tal, una modalidad de lo que alcanzamos a llamar el arte de escribir, que ha crecido de modo exponencial en los siglos recientes.

En cuanto al “cierto” rigor, la variedad es la norma. Un ensayo se concibe habitualmente como una “aproximación”, y es por ello menos exhaustivo y menos refractario a los cabos sueltos y las digresiones que una monografía o un tratado (aunque no siempre es fácil distinguir entre un tipo de producto intelectual y otro: existen ensayos que tienden hacia la monografía y se escriben monografías que se deslizan hacia el ensayo). Además, deja un amplio espacio abierto a la subjetividad del autor, lo que provoca que en ocasiones pueda dar cabida a un número indeterminado de ideas peregrinas y de inconsistencias que serían censurables en un estudio o investigación “canónica” de cualquier disciplina dotada de método. Hay ensayos abiertos a lo nuevo y los hay que se apartan poco de los caminos trillados; los hay rebeldes y los hay sumisos al “espíritu del tiempo”; los hay teñidos del gris neutro del convencionalismo y los hay vestidos de los más vivos colores de la irreverencia y la originalidad.

Pero los buenos ensayistas, hay que reconocerlo, muy pocas veces rebasan los límites de una elemental sensatez. Y aquí da igual que sus apreciaciones sean más o menos rebeldes o más o menos acordes a las ideas dominantes de su entorno. Por regla general un ensayo de calidad, aun si ambiciona alcanzar las cimas de la genialidad y la innovación, no se pretende alocado (lo que no impide que haya ensayos con argumentos que a veces rayan en la locura). Ni puede edificarse sobre errores ni mentiras (aunque puede contener errores, y ojalá que nunca mentiras). Ni aspira a ser depositado en los anaqueles que albergan las obras de literatura fantástica de una biblioteca (a pesar de que no es nada difícil encontrar especímenes ensayísticos que tienen más de ejercicio de fantasía que de raciocinio).

Un buen ensayo abre caminos, no cierra puertas; ofrece hipótesis y/o certidumbres aproximativas, no dogmas; conversa, cuestiona y debate más que clausura.

Y por lo que se refiere a su carácter de obra literaria, ocurre como con cualquier otra actividad “artística”. Coger un pincel y embadurnar de pintura un lienzo no es lo mismo (aunque esto constituya un requisito necesario) que ejercitar el noble arte de la pintura. Juntar palabras que expresen algún tipo de reflexión y fijarlas sobre un soporte —en un papel o en los misteriosos circuitos de un ordenador— no es todavía escribir un ensayo. No sólo se requiere para ello cierta profundidad en lo meditado,

sino, además, poseer un suficiente dominio del lenguaje literario, de manera que la interconexión entre el autor y los potenciales receptores del escrito quede asegurada a la vez que pueda derivar en una experiencia “placentera”. Alcanzar la estatura de buen ensayista requiere asumir sin excusas el trabajo de hacerse entender (que es tarea ardua que a veces se disfraza de “voluntad de estilo”). Si la calidad de la prosa es excelente, claro está, puede incluso ensombrecer la notoriedad de las ideas: a menudo —dar ejemplos sería agotador— la brillantez de la forma no es proporcional a la solidez del fondo. Ha habido y hay ensayistas que escriben con innegable destreza pero andan algo huérfanos de ideas; y ha habido y hay ensayistas con ideas interesantes pero de lenguaje tan abstruso o sintaxis tan siniestra que repelen a quienes se les acercan.

Un buen ensayo exige, pues, un equilibrio entre la enjundia de lo pensado y la maestría a la hora de expresarlo. Cuando tal enjundia y tal maestría alcanzan cotas de excelencia, el ensayo merece ser calificado de deslumbrante, en particular si consigue eludir la pedantería, algo que no es demasiado común.

Ahora bien, la falta de sistematicidad y la llamarada de subjetividad que son consustanciales al género tienden a contaminar muchas de sus obras, incluso de las mejores, del mal del “cortoplacismo”. Una monografía, un tratado, no se conciben como obras de utilidad efímera, sino que aspiran a aportar conocimiento sólido, y sin duda tan provisional como se quiera, sobre el que levantar nuevas contribuciones en un esfuerzo infinito de incrementar la sabiduría de la especie. Por el contrario los ensayos son de manera frecuente más líquidos que sólidos (algunos son incluso gaseosos) y recogen “opiniones” volátiles en lugar de “conclusiones” firmes, con lo que su impacto se asemeja a veces al de una estrella fugaz y su perennidad nunca está asegurada. Las monografías, los tratados, suelen ser —obviando las felices y no escasas excepciones— de lectura aburrida más allá de un círculo prieto de iniciados (la historiadora norteamericana Lynn Hunt dice que incluso la palabra “monografía” suena a aburrida), pero acostumbran a culminar un trabajo paciente y sometido a las reglas bien establecidas de una u otra disciplina, de manera que aportan ladrillos más o menos compactos a la construcción del saber. Los ensayos, menos encadenados a las exigencias metódicas de cualquier indagación “científica”, constituyen a menudo una lectura más amena, más atractiva, aunque su aportación a la sabiduría humana pueda ser —o no— endeble, frágil. Las monografías, los tratados, tienen una consistencia “dura”; el “cierto” rigor de los ensayos equivale a una coherencia “blanda”.

Desde hace largo tiempo, al menos desde el surgimiento de “la república de las letras” a finales del siglo XVII, han sido numerosísimas las cuestiones en los diversos campos del saber que han merecido una atención monográfica o “tratadista” por parte de estudiosos cada vez más especializados. No es descubrir América aseverar que la mayor parte de las monografías publicadas desde entonces únicamente han conocido una edición, ni que todavía han sido mucho más escasas las que, además, han ascendido a la gloria de ser traducidas a otras lenguas (y más, ahora, si la lengua original no es el inglés, o en tiempos pasados el francés, el alemán o el italiano). Pero su perdurabilidad, su capacidad de proyección, se encuentra en las notas a pie de página y en las referencias bibliográficas que las recuerdan en monografías posteriores, que parten adecuadamente de lo ya dicho antes: la investigación sistemática rechaza el adanismo.

Es más fácil que las mieles de la reedición y la traducción endulcen los tratados “exitosos”, aunque también en este caso su importancia cabe medirla por el crédito que han alcanzado entre los especialistas en la respectiva disciplina (para lo cual hoy por hoy es fundamental disponer de una versión en inglés). Sin embargo, la inmensa mayoría de los ensayos conocen igualmente una sola edición en su lengua original y su influjo pasa bien rápido. Los hay, para qué negarlo, que sirven para suministrar

munición en multitud de guerras culturales y que, por su interés, pueden acabar siendo fuente donde abrevan estudiosos más “metódicos”. Y sé que existen, de Montaigne acá, numerosísimas excepciones a lo que sostengo. Pero mi impresión es que buena parte de los ensayos no resisten, unos años después de ser escritos, una relectura que sea diferente que la que reservamos para cualquier otro documento histórico. También me da en la nariz que los ensayos más reeditados —no sé si decir lo mismo de los más traducidos— lo son más por el atractivo de la forma en que están escritos que por la permanencia o el interés de su fondo de ideas. Todo ello constituye, si tengo algo de razón, el precio a pagar por el ya aludido ascendente del cortoplacismo.

Digo todo esto —y pido sinceras disculpas a quienes me lean por esta introducción tan prolija— para hacer notar lo extraordinario del libro a que se dedica la presente reseña, *El rapto de Europa*, de Luis Díez de Corral, un abultado ensayo publicado en la ya muy lejana fecha de 1954, que ha sido ya varias veces reeditado (en 1962, 1974 y 1997), y que además ha conocido (como nos informa el profesor Benigno Pendás en el consistente prólogo que abre esta nueva y bien cuidada edición) versiones en francés, inglés, alemán, italiano, holandés y japonés. Algo que supongo que debe ser acogido con sorpresa por quien lo tome en sus manos tantas décadas después de su primera salida a la luz: no fue nada corriente que los ensayos, los tratados o las monografías de contenido humanístico o clasificables en el amplio campo de las ciencias sociales, escritos en los años de la larga noche de piedra del franquismo, y además por alguien que entonces era sin duda alguna un franquista de tomo y lomo, superaran la barrera de los Pirineos, y menos con tanto ímpetu.

Este singular éxito en el exterior ya proporciona, en sí mismo, un indicio de ese carácter extraordinario que he mencionado. La buena prosa del autor y su envidiable erudición, que se aprecia al leer el libro, así como hacer de Europa el objeto de su reflexión, añaden fuerza a ese vislumbre. Y la práctica ausencia de la retórica cansina y el obscuro argumentario característicos del régimen del general superlativo rematan la impresión.

El rapto de Europa hubo de constituir, pues, y con certeza difícil de cuestionar, un ensayo deslumbrante en su momento, un producto insólito que se alejaba de la aburrida legión de textos dedicados a construir aquel batiburrillo ideológico que fue el nacional-catolicismo. Es decir, sobresalir entre montañas de papel dedicado a definir las esencias de España y a dilucidar si ésta tenía “problema” o no (aunque era evidente que lo que tenía eran muchos problemas), a glosar el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, Balmes, Menéndez Pelayo, Maeztu, Donoso Cortés, Vázquez de Mella y todo un séquito de personajes más oscuros, a defender la perennidad de las doctrinas y las enseñanzas —preconciliares— de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera, y a atacar a los discrepantes, los heterodoxos y los herejes (hubo quien no cejó hasta que algunas obras del pobre Unamuno fueron inscritas en el inquisitorial Índice de Libros Prohibidos llamado a perecer poco después). O, con el mayor desparpajo, a construir una interpretación de la historia de España de una estrechez y pobreza intelectuales que ahora deberían parecernos tan notorias como deleznales, una historia de un país “eterno” que hundía sus raíces en la oscura noche de los tiempos, una historia repleta de tergiversaciones, mitos, maniqueísmo y silencios: una historia falsa.

Ahora bien, ¿esa brillantez ha resistido el paso del tiempo?, ¿es *El rapto de Europa* una lectura imprescindible cuando el siglo XXI ya lleva transcurrido un trecho de su duración? Mucho me temo que no. Pese a que la contraportada de la actual edición se afirma que “este gran clásico” ha merecido ser rescatado “por su extraordinario valor para ofrecer claves interpretativas sobre el momento social y político actual de Europa”, entre 1954 y ahora mismo es mucha el agua que ha pasado

bajo el puente y ni aquella Europa ni aquella España son las mismas, por más cicatrices del pasado que conserven y a veces duelan. Y eso provoca que demasiadas páginas del libro, que demasiadas ideas plasmadas en ellas, y que buena parte de las cuestiones allí planteadas, nos resulten de una obsolescencia palmaria. Los años no pasan nunca en balde. Discrepo, pues, tanto de quienes consideran su valor “atemporal” como del profesor Juan Antonio González Márquez —que ha dedicado su tesis doctoral a la obra de Díez del Corral— cuando lo califica de “texto plenamente vivo”. La inactualidad de este largo ensayo, su falta de perennidad, no puede ser piadosamente negada, a mi parecer (volveré sobre ello), por muy deslumbrante que resultara en su glorioso momento.

Lo que no significa que sea mejor sepultarlo en el cementerio de los libros caducados que apenas reciben la visita de escasos historiadores hiperespecializados y de algún que otro excéntrico anticuario amante del polvo y las polillas. Creo, al contrario, y aunque parezca contradecirme, que el viejo texto de Díez del Corral sí que es una lectura aconsejable para un círculo más amplio y variado que el muy reducido que pueden integrar tan raros y aislados especímenes. Tampoco son muy útiles para captar la actualidad las obras de Heródoto o de Gibbon y no por ello las cubrimos con un manto de olvido (ni son, claro está, y me excuso por constatar esto, lecturas imprescindibles). Quizá sea un poco exagerado calificar de “gran clásico” el ensayo que nos ocupa, pero no me cabe duda de que se trata de un inusual documento de un ayer que todavía no es un país por completo extraño, así como de que estamos ante uno de los más refinados —y más presentables— productos intelectuales que se pudieron alumbrar en la España cerrada y triste de mediados del siglo pasado. Y eso merece más que una pizca de atención y de respeto.

En efecto, Luis Díez del Corral (1911-1998) fue uno de los nombres mayores de la *intelligentsia* española tanto del período franquista como del que le siguió, y *El rapto de Europa* su obra más difundida. Vestido con la camisa azul de Falange, bordada en rojo ayer, ganó la guerra y escaló las cimas de la peculiar —por retrógrada— vida intelectual y académica española de la postguerra. Así, colaboró desde primera hora en el Instituto de Estudios Políticos (la imitación patria de l’Istituto Nazionale Fascista di Cultura italiano) y en su órgano de expresión, la *Revista de Estudios Políticos*; en la revista también falangista *Escorial* (donde no se privó de realizar una apología de la legislación sindical del régimen, la pieza básica del “nacional-sindicalismo”) y en *Arriba*, el diario del partido único, en el que llegó a publicar en 1943 una visión poética de las divisiones alemanas de tanques panzer expandiéndose por los campos europeos (lo recordó en uno de sus textos Santos Juliá). Y en 1945 el citado Instituto de Estudios Políticos le publicó su gruesa tesis doctoral, *El liberalismo doctrinario* (a mi parecer una obra todavía digna de ser leída, reeditada en 1956, 1972 y 1984, y traducida al alemán en 1964), que había defendido en 1944 y en donde el estudio del pensamiento político de Pierre-Paul Royer-Collard, François Guizot, Prosper de Barante y compañía se enriquecía con la oportuna atención al de sus allegados españoles (Francisco Martínez de la Rosa, Antonio Alcalá Galiano, Juan Donoso Cortés...), para culminar con la figura de Antonio Cánovas del Castillo.

Sin embargo, dedicar tamaño esfuerzo investigador a una corriente política a la vez conservadora y liberal (más adelante su interés migraría a Tocqueville), no dejaba de ser atípico en aquella universidad en que las cátedras eran trincheras tanto contra el liberalismo en general como contra todo lo que estuviera a su izquierda. Y resultaba más raro aún tomar como objeto de estudio preferente a unos políticos franceses —hay que subrayar aquí lo de franceses— que no habían sido ni reaccionarios ni tradicionalistas, sino revolucionarios (en 1830), por más templados que fueran y más alejados del radicalismo que estuvieran, y que además habían puesto los cimientos de

muchas de las instituciones características de los estados liberales modernos (las españolas inclusive). De otro lado, conectar a estos *franchutes* con los primeros espadas del liberalismo moderado y conservador hispano, y reivindicar de alguna manera a unos y a otros, no era lo más natural en el panorama nacional-sindicalista, y en seguida nacional-católico, que encorsetaba cualquier reflexión política en aquel momento. Para muchas cabezas (mal)pensantes del enloquecido primer franquismo, el liberalismo seguía siendo pecado y de Francia sólo habían venido ideas funestas y figurines masónicos. En sus mentes el diablo se vestía de *sans-culotte* y hablaba francés.

Para otras mentes apesebradas en los comederos del poder, fijadas más en el rastro retórico legado por José Antonio Primo de Rivera, el viejo liberalismo implicaba una negación de la unidad del Estado, entendido éste como “totalidad histórica”, una unidad inobjetable a la que habrían de someterse clases e individuos. El fascismo era —y es— una forma de pensamiento único creada para rechazar y combatir la posibilidad del pluralismo. Y los fascistas españoles habían puesto sin vergüenza sus ojos en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, no en la laica Francia de la Tercera República (tan cara, por el contrario, a un par de generaciones de republicanos españoles). Al menos hasta que sus admirados modelos, que se querían antiliberales y antimarxistas a un tiempo, fueron barridos por una coalición de potencias liberal-democráticas y la comunista Unión Soviética... Entonces hubieron de readaptarse, dejar de pasarse a todas horas con el brazo en alto y vestir la camisa azul sólo cuando la ocasión lo requería. Y también sus manos se llenaron de rosarios, si es que no lo habían estado siempre, salvo sean tantas excepciones como se quiera.

No parece pues extraño que fuera en 1947, en plena dilución de las formas fascistas más aberrantes, cuando Díez del Corral se convirtiera en el primer catedrático de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas de la nueva Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Central (todavía no llamada Complutense) de Madrid. Nuestro hombre era en aquellos días, sin duda, un hombre por completo adicto al dictador y a su régimen. De hecho, ocupaba incluso un decorativo escaño de procurador en Cortes (lo fue de 1943 a 1949). Ahora bien, se había convertido asimismo en uno de los falangistas españoles que había iniciado más pronto y con mayor solidez el camino de la readaptación antes citada. ¿Y que, si no, hay en el trasfondo de su interés por el liberalismo doctrinario? El ya mencionado profesor González Márquez ha podido establecer en este libro “un corte en la esfera del pensamiento” de su autor. Estoy de acuerdo.

Y además, y esto es de extraordinaria importancia, Díez del Corral era uno de los intelectuales más próximos a José Ortega y Gasset situados en el centro del campo de poder académico y cultural del que el “maestro” había sido arrojado por la Guerra Civil y sus consecuencias. Una cercanía que compartía con su gran amigo y compañero de claustro José Antonio Maravall: dos mosqueteros orteguianos uniformados inicialmente de un azul joseantoniano que iría decolorándose con el paso de los años hasta quedar prácticamente en nada, al tiempo que se cubrían la cabeza con algo que se asemejaba cada vez más a un gorro frigio, eso sí, bastante discreto; dos competentes fundadores de la historia de las ideas en España (y, por cierto, alejados de encarnar una versión cañí de Lovejoy); dos estudiosos lúcidos a los que la influencia del filósofo madrileño libró de la ortodoxia de Menéndez Pelayo, Maeztu o san Josemaría.

En efecto, ambos estuvieron en las filas de aquel trust de cerebros que en los inicios del franquismo aspiraron sin éxito a crear un estado totalitario puro y duro (cabe recordar que, además de topar con la Iglesia, asistieron a la debacle nazi y estuvieron sometidos a las maniobras de equilibrios de poder a que el dictador jugaba con las diversas “familias” políticas que lo apoyaban). Y que, al fracasar, acertaron en

buena parte a evolucionar con mayor o menor claridad hacia el liberalismo democrático tal como corrían los años. Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo y todo un elenco de figuras —y algún que otro figurón— que no es necesario enumerar, conformaron un grupo que a menudo han sido llamado “falangismo liberal” —un auténtico oxímoron tan discutible como discutido— y en el seno del cual Díez del Corral y Maravall representaban algo así como el ala orteguiana. Unos hombres a quienes la recuperación de las libertades constitucionales tras la muerte del general Franco no sólo respetó, sino que llegó incluso a elevar a los altares de la excelencia intelectual, colmándolos de homenajes, galardones y parabienes. Así, Luis Díez del Corral, fallecido en 1998, tuvo tiempo de ser honrado, entre otras distinciones, con el doctorado *honoris causa* por la Sorbona de París en 1980, con el Premio Príncipe de Asturias en ciencias sociales de 1988 y con el Premio Menéndez Pelayo de 1996.

Aunque antes de eso, durante el inacabable franquismo, la carrera de nuestro catedrático ya había estado jalonada de honores, lazos, cruces, medallas y condecoraciones varias. En fecha tan temprana como 1942 ya recibió el Premio Nacional de Literatura. Después destacan su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (elegido en 1961 y que llegó a dirigir entre 1984 y 1990), en la Real Academia de la Historia (electo en 1969) y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (en junio de 1975). Unos laureles que llegaron asimismo desde el extranjero: en 1953 el gobierno francés le otorgó el grado de oficial de la Legión de Honor (a lo que sin duda no fue ajeno el hecho de que finales de la década de los cuarenta Díez del Corral había ejercido como consejero cultural de la embajada de España en París). No seguiré por aquí. Si quien me lee se interesa más en esta especie de *cursus honorum* de nuestro hombre, puede consultar la correspondiente entrada en el *Diccionario Biográfico* de la Real Academia de la Historia (disponible on-line) e incluso en la Wikipedia.

Lo que parece bastante claro, a mi parecer, es que tamaño prestigio se asentaba al menos en dos patas. Por una parte, en su situación central en las redes de poder académico y cultural de su tiempo (Boudieu diría que en su posición en el campo de las ciencias sociales y las humanidades de la España del período). Por la otra, en el interés de sus mejores obras. No es nada difícil nombrar a autores contemporáneos de Díez del Corral que produjeron grandes obras y no obtuvieron medallas ni premios. Y aún es más fácil citar a otros que debieron endurecer sus músculos pectorales para poder soportar kilos de condecoraciones y, sin embargo, su obra nos parece ahora de valor escaso, nulo o algo peor. En aquella España del ayer inmediato —y en cualquier otra parte en esos días y ahora, me temo—, la posición política o las relaciones sociales podían ser una caudalosa fuente de mérito o de demérito. Pero en el caso de Díez del Corral, insisto, no cabe dudar de la valía de su obra: de su pluma salió bastante de lo mejor que se escribió entonces sobre los temas de su competencia.

Además de los dos libros ya citados —*El liberalismo doctrinario* y *El rapto de Europa*—, en su producción sobresalen *La función del mito clásico en la literatura contemporánea* (1957), *Del Nuevo al Viejo Mundo* (1963, con traducciones al alemán y al japonés), *La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo, de Maquiavelo a Humboldt* (1976), *Velázquez, la Monarquía e Italia* (1979), y *El pensamiento político de Tocqueville* (1989). En 1998, el año de su muerte, y como broche de oro, el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales —es decir, el antiguo Instituto de Estudios Políticos rebautizado en democracia— publicó sus *Obras completas* en cuatro volúmenes. ¿Cuántos historiadores, filósofos, juristas o politólogos españoles han merecido eso? No demasiados...

El rapto de Europa, ahora reeditado, no es el texto de Díez del Corral que más me guste. El escritor Gregorio Morán, con su proverbial mordacidad, lo consideró

“desbordante de erudición y humilde de ideas” en el libro que escribió sobre el último Ortega (*El maestro en el erial*). Y no pienso que vaya completamente desencaminado. La erudición, en efecto, es abundantísima, con citas profusas a y de autores de procedencias dispares y pelajes variopintos que se suceden sin tregua hasta hacernos perder el aliento. Desde la Biblia, Sófocles, Esquilo, Tucídides, San Agustín, Ibn Hazm, Cervantes, Camoëns, Shakespeare y Bossuet, o desde Descartes, Montesquieu, Condorcet, Turgot, Voltaire, Jefferson, Jay, Kant, Hegel y Ranke, hasta Spengler, Meinecke, Heidegger, Carl Schmitt, Keyserling, Jaspers, Löwith, Marc Bloch, Aron, Gilson, Toynbee, Bury, Collingwood, Russell, Carlton Hayes, Azorín, Unamuno, Asín Palacios, Madariaga, Menéndez Pidal o Zubiri, pasando por Nietzsche, Dilthey, Mommsen, Troeltsch, Weber, Sombart, Comte, Michelet, Taine, Baudelaire, Renan, Pirenne, Henry Adams, Donoso Cortés, e incluso Einstein, Marx, Trotski y Stalin (sí, Trotski y Stalin), la constelación de autores/estrella convocados a sus páginas se cuenta por docenas. Abruma. Por cierto, hombres, hombres y más hombres (¿las mujeres no piensan?). Pese a la nómina que acabo de reflejar, aviso que no he osado enumerarlos a todos. Sería ocioso.

Lo que quiero es señalar que justamente tal despliegue de erudición desdibuja a menudo la línea principal del discurso de Díez del Corral, que da la impresión de extraviarse en los meandros que tanta referencia a otros provoca. Por ello, y pese a ser el autor un escritor de prosa mucho más que correcta, ya se ha afirmado antes, el lector o lectora puede distraerse con facilidad y perder, me temo, el hilo argumental. Quizá por eso la sensación de humildad de ideas que anotó Morán, al quedar las reflexiones del autor como enmascaradas entre tantas y tantas citas, como vicarias de éstas. Y quizá por eso no cabe calificar a este libro de ameno. Al menos a mí no me lo ha parecido.

Unos de los autores a los que Luis Díez del Corral recurre con mayor frecuencia y con el máximo respeto es José Ortega y Gasset. Como cabía esperar después de lo dicho, hay que añadir. El libro, las preocupaciones que lo guían, su tema y su voluntad de estilo, no son concebibles sin el magisterio del filósofo madrileño, que falleció sólo un año después de la publicación de este texto de quien era, como ya se apuntó, uno de sus más aventajados discípulos y un cercano amigo. Díez del Corral llegó a dar cobijo en Llanes a Ortega en el que sería el último verano del filósofo. Y éste, que no fue franquista ni antifranquista, sino todo lo contrario, se apoyó no poco en su antiguo alumno y contertuliano, tan bien instalado en los engranajes políticos montados por los vencedores de la guerra, cuando volvió del exilio a Madrid en 1945. Y el último Ortega, como es conocido, reactualizó sus ideas sobre Europa y sobre la necesidad de la unidad europea, algo que se plasmó en su famosa conferencia berlinesa de 1949 “De Europa meditatio quaedam” y en otros trabajos coetáneos. Relacionar las preocupaciones del maestro con el ensayo del discípulo es, así, de una obviedad meridiana.

No me gustaría destripar en exceso *El rapto de Europa* y facilitar con ello la huida de cualquier potencial lector o lectora de la obra. Que a mí me haya resultado a veces pesada no significa, repito, que no merezca un respeto y que otras personas más comprensivas o más sabias que yo no disfruten de su lectura y la aprovechen. Bastará con advertir que el autor intenta, sobre todo, acometer una interpretación histórica de Europa en un tiempo en que el resultado de las dos sucesivas guerras mundiales no sólo había ajado la tradicional preeminencia de este continente en la historia universal, sino que había hecho que los europeos vivieran un presente de incertidumbres que se proyectaban hacia el futuro (y que ello hiciera nacer y crecer la necesidad de algún tipo de unidad europea, un viejo tema, de nuevo, de Ortega). Y esta reflexión sobre Europa se articulaba —es privilegio del ensayo, y sería inconveniente en una monografía,

buscar y usar este tipo de analogías— mediante el recurso al mito clásico que da nombre al libro, aquel en el que Zeus raptó a la doncella siria llamada Europa. Y “rapto”, como explica el autor en el prólogo que antepuso en 1974 a la edición de ese año del libro, y que la actual mantiene, es tanto el “robo”, la apropiación de los valores de la cultura europea que ha hecho el mundo, como el “arrebato”, el proceso interno de alienación, a veces de enajenación mental que han sufrido las élites dirigentes y los pueblos europeos. Esta duplicidad de sentidos se utiliza para explicar el destino que ha corrido el continente en el segundo tercio del siglo XX (pp. 27-28).

Así, y amparado cuando le conviene en la retórica propiciada por el referido mito, Díez del Corral se acerca, en el primer capítulo, a la relación de Europa con la historia universal (ese es precisamente su nombre: “Europa y la historia universal”), repasando desde las concepciones de Hegel, en que “la historia universal quedaba articulada y esencialmente subordinada por el destino concreto Europa” (p. 84), hasta las de autores como Spengler y su empeño en mostrar la decadencia de Occidente o Toynbee y su visión cíclica de la historia. Los capítulos que siguen se denominan, no siempre con virtuosa capacidad enunciativa, “¿Decadencia o rapto?”, “Europa desde España”, “Escenario y argumento ecuménicos”, “La expropiación de una ciudad campesina”, “Secularización y dinamismo histórico”, “La enajenación del arte”, “Nación, nacionalismo y supernación” y “Europa, aprendiz de brujo”. En este último capítulo, por cierto, Díez del Corral echa mano también de los mitos de Fausto y de Prometeo.

Está claro que, dado el autor, resulta especialmente interesante el capítulo 3 en que se aborda Europa desde España. Si el planteamiento mismo del libro demuestra que “el problema de España”, tan habitual en los ensayistas del 98 y en otros posteriores, se había convertido en Díez del Corral, en “el problema de Europa”, en este epígrafe concreto España pasaba a ser una especie de Europa en miniatura. Ahí radicaba la mayor originalidad del volumen: ligar, como ha acertado a observar el profesor Jordi Gracia, la trayectoria histórica de España a Europa, haciendo de ello el camino para reanudar la modernidad. La retórica de los caracteres nacionales (esas formas de “ser español” que vendrían de la noche de los tiempos y tanta tinta han hecho correr en el pasado) abandonaba el centro de la escena. Y como señaló Maravall en un texto en el que defendió el libro cuando vio la luz, en él está ausente cualquier particular misión de España y otras místicas semejantes.

Ahora bien, esa singularidad de *El rapto de Europa*, su carácter tan innovador en su momento, su éxito internacional, la riqueza obnubilante de las citas de autoridad recogidas en sus páginas, la soltura con que la exposición se refugia en los mitos, y un largo etcétera, no pueden ocultar, en mi modesta opinión, la falta de actualidad que, como ya manifesté más arriba, ha de lastrar la recepción del libro en los lectores y lectoras de hoy.

Tampoco aquí quiero ser exhaustivo, pero sería deshonesto por mi parte no señalar algunas de las razones que me llevan a tal juicio. Y que, pese a ser diversas, tienen en común la obsolescencia que creo evidente de una manera de entender y captar el mundo que era aún la dominante cuando el ensayo fue escrito y en la que Díez del Corral participaba como hombre de su tiempo. Desde entonces el mundo ha cambiado tanto que han tenido que cambiar, con mayor o menor resistencia, las miradas sobre él.

Esa manera de entender el mundo que compartía nuestro hombre era todavía eurocéntrica. Y el eurocentrismo, matizado y todo, en absoluto ramplón (al fin y al cabo el autor destacaba por su gran inteligencia y su mente abierta para lo que era la intelectualidad española al uso), es por tanto uno de los pecados de este ensayo. Si Ortega había dicho aquello de “Castilla hizo a España y la deshizo” (una boutade muy

de su estilo, sólo formulable desde un castellanismo miope que no ha contribuido en nada a aclarar los problemas de identidad de España ni el rompecabezas de sus diversos “hechos diferenciales”), Díez del Corral podría haber escrito que “Europa hizo al mundo y el mundo la deshizo”. Lo que constituye un caso semejante de aberración visual. Tomemos un par de ejemplos extraídos casi al azar.

Lo más grave de la situación actual de Europa es que no sólo se ha efectuado un robo de sus frutos, sino también en buena parte un robo de su savia, del fecundo vigor histórico de Occidente, que, transportado en sencillos esquejes, vemos rebrotar por los más diversos lugares del planeta con una fuerza de desarrollo que, aunque sea a costa de grandes renunciaciones y simplificaciones supera en ciertos aspectos al que todavía muestra el viejo tronco (p. 237).

Es decir, aunque era y es bien sabido que la expansión de los países europeos había llevado a las perversiones de un mundo colonial en que las personas no europeas —y sus formas culturales— fueron sometidas a un espantoso proceso de dominio, degradación y/o eliminación que debiera merecer los adjetivos más gruesos, se nos viene a decir que serían éstas la que habrían “robado” con éxito las formas europeas. Como si éstas, ¡ay!, no les hubieran sido impuestas con mayor o menor violencia.

Muchos estudiosos africanos, asiáticos o latinoamericanos podrían decir que un planteamiento de este tipo roba la dignidad de sus pueblos. Como lo hace presentar —inventar— al mundo no europeo como un mundo inmóvil, rutinario, sin historia, que sólo pudo ser activado —y como consecuencia de ello entrar en la historia— por el contacto con las gentes, las ideas y los “valores” de Europa. Lo europeo es eficiente, lo no europeo, estéril:

Los campos extraeuropeos, adormecidos durante tantos siglos en sus rutinarios modos de vida, extraños en tan gran medida al fermento activador de la vida ciudadana, despertarían al contacto de las ideas oriundas del mundo europeo y acabarían aplastando a las estériles formas indígenas de vida urbana, sustituyéndolas antes o después por otras recortadas, eficientes, transferibles y expropiables de la ciudad occidental (p. 236).

En el fondo, el libro está lastrado por el prejuicio de la superioridad cultural europea, se diga con la boca grande o con la pequeña:

El tronco de la cultura europea ofrece un perfil muy peculiar, recortado, preciso, que ha sido dibujado con limpidez puritana por los historiadores orgullosos de europeísmo: es un tronco largo, elegante, como el de un haya. Pero si ha podido crecer tanto es porque hunde profundamente sus raíces en la tierra de la historia humana; y si su copa se ha desarrollado de tal manera que a su sombra han podido acabar acogiéndose casi todos los pueblos de la tierra, es porque, como ocurre en la botánica, al ramaje visible corresponde una masa equivalente de ramaje subterráneo. La universalización activa de la cultura europea ha estado precedida por otra universalización receptiva. Lo que no implica mengua alguna en el vigor creador de la savia que ha vitalizado el tronco (pp. 402-403).

Recuerdo a quien me lea, y para que su corazón no se me hinche de orgulloso europeísmo, que las “limpiezas étnicas” medievales y modernas que sufrieron determinadas minorías dentro y fuera de Europa, que “la destrucción de las Indias” que denunció el padre Bartolomé de Las Casas, que las atrocidades del colonialismo belga en el Congo, del francés en Argelia y otros lugares, del alemán en Namibia, del inglés por doquier —y de estas y el resto de potencias coloniales en los amplios territorios que se apropiaron—, que el exterminio de los indios norteamericanos a manos de los conquistadores wasp, que el Holocausto del pueblo judío a manos de los

genocidas nazis, o que las bombas atómicas sobre Japón, las de napalm sobre Vietnam o las de racimo y las de uranio empobrecido sobre Irak, y tantas otras salvajadas, son ramas salidas del largo, elegante, vigoroso y creativo tronco de la cultura europea.

No hay que cargar las tintas, sin embargo. Repito que esa reducción de la historia universal a historia europea, de minusvaloración o ceguera respecto a las especificidades y valores del mundo no europeo, de orgullo por el “magisterio” europeo sobre el conjunto del planeta, era mayoritario entre los intelectuales occidentales de mediados del siglo XX entre los que Díez del Corral se contaba. En el prólogo a la edición de 1974, para ser justos, nuestro autor se mostró sensible a los cambios geopolíticos y de mentalidad acaecidos en los veinte años transcurridos desde que el libro fuera escrito e introdujo cierta reorientación, dejando que a sus páginas se asomaran chinos, japoneses e indios (de la India), raptos de Europa, sí, pero que ya se dejaban oír un poco con sus propias voces (mediatizadas siempre por el europeo que las exponía). Algo que conllevaba, aunque fuera de forma implícita, una pizca de autocrítica, pero que no atacaba con vigor el eurocentrismo congénito de un texto que, más allá de esa adición, no fue modificado.

Hoy en día, pues, el viejo ensayo de Díez del Corral no creo que deba dejarnos, por ese lado, con un buen sabor de boca. Al menos no a los que pensamos que es peligroso reducir la historia del mundo a una sola historia (la europea/occidental, por supuesto) que sirve de eje para organizar algo que es mucho más complejo, diverso y multipolar, una historia europea que, como dice el historiador bengalí Dipesh Chakrabarty, profesor de la Universidad de Chicago, hay que provincializar y descentrar.

Un segundo motivo que me lleva a considerar desfasado *El rapto de Europa* es el espacio que se concede en sus páginas a las ideas de algunos autores que hoy en día están convenientemente desacreditados. Es el caso, entre otros, de Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee, dos estudiosos de la historia —o mejor, dos filósofos de la historia— cuya concepción orgánica del devenir histórico, cíclica, ya fue criticada en su día por aquel gran historiador que fue Lucien Febvre. *La decadencia de Occidente* de Spengler había sido publicada en castellano en 1923, traducida por Manuel García Morente y prologada por Ortega y Gasset, a quien se debió la iniciativa. Y antes de 1954 Toynbee solamente había sacado a la luz los seis primeros volúmenes de su *A Study of History* (el total de doce se completaría en 1961), que estaban aún sin traducir. Pero el trabajo de Toynbee había sido objeto de todo un curso de conferencias impartido por Ortega en su Instituto de Humanidades de Madrid entre 1948 y 1949. No es de extrañar, pues, que el discípulo Díez del Corral siguiera por la senda abierta por el maestro, esgrimiera citas y citas de los dos, y de algún modo dialogara en las páginas de *El rapto de Europa* con ellos. Hay que advertir, en aras de la ecuanimidad, que Díez del Corral marca en ocasiones distancias con uno u otro y apunta errores o insuficiencias. Un ejemplo:

Resulta en extremo sorprendente releer en estos años, de grandes éxitos científicos en todos los órdenes, las páginas donde Spengler señalaba solemnemente “la ruina incipiente de la ciencia occidental que claramente se deja sentir hoy” (p. 110, n).

El problema que quiero recalcar no es que Díez del Corral se muestre seguidista de dos personajes que sostenían interpretaciones de la historia que ya entonces eran tenidas por insatisfactorias por algunos historiadores muy solventes. No lo hace. Incluso tilda las tesis de Toynbee de “simplismo sistémico” (p. 109). El problema es que Díez del Corral se tomaba a ambos filósofos de la historia en serio. Y eso, que en su día podía resultar lógico, es lo que chirría a un lector o lectora actual. Es como si se reeditara ahora un libro de genética escrito en los años cincuenta en los que el autor

se tomara en serio, incluso para rebatirlas, las teorías de Trofim Lysenko. ¿Alguien consideraría normal calificarlo de texto plenamente vivo?

Por cierto, las citas de Toynbee aparecen siempre en su traducción castellana. Como ocurre con todas las procedentes de otras publicaciones en lengua extranjera. Con una excepción notoria: los textos en francés, que son dejados en su lengua original. En el bachillerato español de la época se estudiaba francés, y en España el francés seguía siendo visto como la lengua superior de la cultura. Díez del Corral debía de suponer que las personas que leyeran su libro conocían lo suficiente la lengua de Voltaire como para no extraviarse en tales citas. Hoy en día, cuando la preponderancia del inglés tiende a ser ingente y el dominio del francés ha quedado casi como un saber residual, este hecho ha de causar sorpresa. ¿No es otro indicio de que estamos ante un texto extraño a nuestra época?

En fin, voy acabando. La inactualidad que encuentro en el libro de Díez del Corral tiene algunas otras manifestaciones que no detallaré con tanta parsimonia para no hacer de esta reseña otro ensayo. Pero no puedo dejar de lamentar que sea un exponente más del viejo vicio de pretender que hay “cosas” que cumplen el papel de agente histórico en detrimento de las personas que sí que lo son. Así, y por ejemplo, es Europa quién tiene lo que sea, hace lo que sea o recibe lo que sea, no los europeos y las europeas. Lo que es una sencilla muestra de la “cosificación” de diversas clases de conjuntos humanos a la que nos han acostumbrado —muy mal— los libros de historia, humanidades y ciencias sociales. Y que tiene como compañía el abuso de manejar tipos ideales que son llevados a un punto de exageración que no sé si aceptaría un Max Weber redivivo. Por ejemplo, y pese al abandono de la retórica de los caracteres nacionales antes indicado, en algunos párrafos el autor no consigue dejar de servirse de esas simplistas construcciones del imaginario que acaban convertidas en mitos y dogmas, y que un estudioso contemporáneo de Díez del Corral, Julio Caro Baroja, ya desmontó con desparpajo hace medio siglo. No me resisto a dar un botón de muestra:

Para el italiano, por ejemplo, la belleza es algo que se extrae directa, continuamente de la vida, no un entretenimiento fabricado para llenar los ocios entre las horas de trabajo; para el francés, el goce sensorial y el lujo constituyen algo fundamental en la existencia, que se resiste a la uniformidad del *confort*, para el español, la vida y el trato personal tienen su propia sustantividad, que no se deja descomponer en relaciones formales (p. 392).

Con similar exceso Díez del Corral salpica su exposición de modelos de “hombre” (parece que entonces no inquietaba a nadie la conveniencia de usar expresiones de lenguaje inclusivo), como el “hombre europeo”, el “hombre occidental”, el “hombre antiguo”, el “hombre supertécnico” y otros hombres/modelo con otros atributos, que acechan en las líneas del ensayo mientras se ignora a los hombres y las mujeres reales, cuyas experiencias en la práctica ni existen ni interesan. Sobre todo importan las aportaciones de unos pensadores de élite aducidos sin contextualizar y que son los jalones que organizan el discurso. Y ya se sabe que el reverso tenebroso de propasarse en el uso de tipos ideales se cifra en el peligro de caer en el profundo pozo de los lugares comunes, de los estereotipos. Y los estereotipos, como sostiene la escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie, son falsos e incompletos.

En fin, y pese a lo dicho, no seré yo quien disuada a un lector o lectora de acercarse con curiosidad a este libro. Que a mí me haya resultado por momentos aburrido y poco placentero, que me parezca anticuado y, por ello, que le encuentre interés sobre todo como valioso documento histórico, no quiero que sea interpretado como que aconsejo algo así como tirarlo al cubo de la basura. Ni pensarlo. Es un texto que merece, vuelvo a insistir, mucho respeto, como mucho respeto merece la persona

que lo escribió. Es un ensayo trabajado y ambicioso que resultaba, por muchas razones, una *rara avis* en aquella España pobre, rancia y encerrada en sí misma de mediados del siglo XX. Nació de una sensibilidad a los cambios históricos que se estaban produciendo digna de quitarse el sombrero. Su originalidad y su calidad eran desacostumbradas e innegables, si bien quizá prometiera más de lo que alcanzaba. El elenco de grandes y menos grandes nombres del pensamiento traídos a colación apabulla, aunque ello sirva en cierto modo para embrollar el mensaje del ensayista, que pugna por hacerse oír entre tanta traca. Y abría caminos a la reflexión sin cerrar puertas.

Aunque el recurso a los mitos como estrategia aproximativa, a fin de cuentas una manifestación de la voluntad literaria del autor que trató de teorizar en otros lugares, no me parece que acierte, en este caso al menos, a conformar un buen vehículo comunicativo, no considero que el éxito de *El rapto de Europa*, incluso más allá de los Pirineos, fuera por aquel entonces inmerecido. Pero no deja de ser un texto hijo de su tiempo, no del nuestro, y creo que como tal hay que leerlo: no lo encuentro vivo. Y he de reconocer que, de los libros de Díez del Corral, me llevaría antes a una isla desierta algunas de sus portentosas y útiles monografías que este ensayo ya tan trasnochado como lleno de agujeros, bien la que dedicó a los liberales doctrinarios, bien la que toma por objeto el pensamiento político de Alexis de Tocqueville. Ahí sí que hay y queda miga.

Joan J. Adrià i Montolío